

Clementine Churchill cambió el rumbo de la historia. Una novela
asombrosa sobre su vida y la de Winston, su célebre pareja

LA
DAMA
DE LA
GUERRA



Marie Benedict

Londres, 1909. La joven y recién casada Clementine Ho-zier desciende los escalones de un tren del brazo de su marido, Winston Churchill. En medio de la muchedumbre que lo aclama, surge una mujer furiosa que empuja a Winston hacia las vías en el preciso momento en que un tren está por pasar, pero justo antes de que caiga, Cle-mentine logra tomarlo del saco... Esta, sin embargo, no será la última vez que le salve la vida a su esposo.

La dama de la guerra narra de manera formidable la exis-tencia de una mujer que fue determinante en uno de los momentos más oscuros de la humanidad; un personaje in-teligente, ambicioso y decidido que luchó por la igualdad y la justicia; un alma rebelde que desafió todas las reglas que la sociedad pretendía imponerle.

De la autora de los *bestsellers* del *New York Times* *La única mujer* y *El otro Einstein*, llega una novela fascinante sobre una de las mujeres más influyentes de la historia, que cam-bió para siempre el rumbo de las Guerras Mundiales.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La dama de la guerra](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Cuarta parte](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Capítulo treinta y siete](#)

[Capítulo treinta y ocho](#)

[Capítulo treinta y nueve](#)

[Capítulo cuarenta](#)

[Capítulo cuarenta y uno](#)

[Capítulo cuarenta y dos](#)

[Capítulo cuarenta y tres](#)

[Capítulo cuarenta y cuatro](#)

[Capítulo cuarenta y cinco](#)

[Sobre la autora](#)

Primera parte

Capítulo uno

12 de septiembre de 1908

Londres, Inglaterra

Siempre he sentido que soy una chica diferente. Sin importar dónde viva o con quién me relacione, siempre he sentido que soy un ente aparte. Especialmente hoy.

El débil sol de inicios de septiembre se esfuerza por romper la oscuridad de la mañana fría. Los rayos pálidos iluminan la habitación cavernosa que me fue asignada por *lady St. Helier*, mi benefactora, y se estrellan contra el vestido de satén blanco que cuelga del maniquí, recordándome que me espera un interminable ritual durante el día.

Mientras palpo la elegante tela veneciana del corpiño de talle cuadrado delicadamente bordado, más fino que cualquier otro que haya usado antes, me invade una sensación de aislamiento más intensa que la que habitualmente siento. Anhele tener una conexión con alguien.

Busco la ropa que las criadas desempacaron de mi baúl y colocaron en los cajones de la cómoda y en el armario cuando llegué al número 52 de Portland Place, hace quince días. Pero no encuentro nada más que el corsé y la ropa interior que debo usar debajo del vestido el día de hoy. Solo entonces entiendo que las criadas debieron de

haber empacado mis pertenencias en el baúl de viaje, para que me prepare para lo que vendrá más tarde. Tan solo pensar en ese «después» hace que me recorra un escalofrío.

Tras atarme por la cintura mi bata de seda gris, bajo de puntillas la gran escalera de la mansión de *lady St. Helier*. Al principio no sé con claridad qué es lo que estoy buscando, pero tengo una epifanía cuando ubico a una muca-ma trabajando en el salón de visitas. Está arrodillada frente a la rejilla de la chimenea.

El sonido de mis pasos asusta a la pobre chica y pega un salto.

—Buenos días, *lady Hozier*. ¿Puedo ayudarla en algo? —dice, limpiándose los dedos ennegrecidos en el trapo que cuelga de su mandil.

Yo titubeo por un segundo. ¿Pondré en peligro a esta chica si le pido ayuda? Sin duda *lady St. Helier* disculpará cualquier transgresión al protocolo que haga yo el día de hoy.

—De hecho, podrías serme de ayuda, si es que no te genero muchos problemas. —La disculpa hace que mi voz suene más pesada.

Después de explicarle mi enorme problema a la chica —su edad debe de ser cercana a la mía— ella sale corriendo por el pasillo trasero hacia la cocina. Al principio creo que no entendió mi petición o que pensó que estaba loca. Pero la sigo, y cuando se escurre a través de la duela de la cocina hacia la escalera de servicio, entiendo.

Hago un gesto de angustia por el ruido que hacen sus botas de trabajo cuando la chica sube por la escalera y camina por el pasillo del ático, donde se encuentran las habitaciones de los sirvientes. Espero. Aguanto la respiración y ruego en silencio para que su escándalo no despierte al resto de los trabajadores. Temo que si aparecen para realizar sus tareas matutinas y me encuentran en la cocina, alguno de ellos alerte a *lady St. Helier*. Cuando la

chica regresa con un bulto en las manos –sin la compañía de ningún otro sirviente–, suspiro con alivio.

–¿Cuál es tu nombre? –pregunto, mientras alcanzo el bulto.

–Mary, señorita –contesta con una minúscula reverencia.

–Estaré en deuda contigo eternamente, Mary.

–El placer es mío, señorita Hozier. –Me sonrío como si estuviéramos conspirando, y me doy cuenta de que está disfrutando su papel en esta situación tan singular. Puede que prestarme su ayuda sea la única distracción que tenga en la monótona sucesión de sus días.

Mientras doy la vuelta y camino de regreso hacia la gran escalera, Mary susurra:

–¿Por qué no se cambia en la despensa, señorita? Es menos probable que la descubran que si sube por las escaleras. Yo me aseguraré de que su ropa sea devuelta a su habitación antes de que alguien lo note.

La chica tiene razón. Cada paso que diera por esa chirriante escalera principal me arriesgaría a que la señora de la casa y sus sirvientes me descubrieran. Tomo su consejo y entro a la despensa llena de frascos; entrecierro la puerta para asegurarme de que entre un poco de luz. Dejo que mi camión y mi bata se deslicen y se acomodan alrededor de mis pies, en el suelo, y desato el bulto. Saco un vestido de flores sorprendentemente lindo, muevo mi cuerpo para que entre en esa prenda de algodón que rozaba el suelo y después me amarro las botas negras que Mary incluyó inteligentemente.

–Le queda muy bien, señorita Hozier –dice la chica cuando vuelvo a salir a la cocina. Mientras me entrega su abrigo colgado en la pared, me dice–: que Dios la ayude.

Me apresuro a salir por la puerta de servicio hacia la parte trasera de la casa y camino por un callejón que se extiende detrás de la fila de lujosas casas georgianas que se alinean sobre Portland Place. Paso por enfrente de las

ventanas de las cocinas que comienzan a brillar con lámparas encendidas por sirvientes que alistan las casas para sus amos. Un mundo bullicioso se yergue detrás de las mansiones de *lady* St. Helier y sus amigos, pero como yo siempre entro por las puertas principales nunca antes había sido testigo de la algarabía que se vive en estas pequeñas callejuelas traseras.

El callejón desemboca en la calle Weymouth, donde se detiene un autobús. Se dirige al oeste de Kensington, y yo conozco bastante bien la ruta, pues la he tomado en la dirección contraria, hacia la casa de *lady* St. Helier, en varias ocasiones. El abrigo de lana de Mary es demasiado delgado para la mañana fresca, y mientras espero el autobús me envuelvo en él con la vana esperanza de extraer un poco más de calor de sus escasas fibras.

El sombrero sin adornos que Mary me prestó tiene solamente una pequeña visera, así que el disfraz de sirvienta no sirve mucho para esconder mi rostro. Cuando me subo al autobús el conductor me reconoce por las fotografías que han aparecido en los periódicos de los últimos días. Se me queda viendo, pero no dice nada al principio. Finalmente balbucea:

—Sin duda alguna está usted en el lugar equivocado, señorita... —Baja la voz hasta que se vuelve un susurro, al darse cuenta de que no debería revelar mi identidad— Hozier.

—Estoy precisamente donde debería, señor —contesto con un tono que espero que sea amable, pero firme. Sus ojos no dejan de observarme mientras toma el dinero de la tarifa que Mary me prestó de sus ahorros, y que planeo pagar con creces, pero no dice más.

Mantengo la mirada baja para esconder mi rostro de los curiosos que han sido alertados, por la reacción del conductor, de lo extraño que resulta mi presencia. Bajo del autobús en el momento en que se acerca a las Villas Abingdon, y me siento más ligera al acercarme a la casa

color crema con el número 51. Cuando logro levantar la pesada aldaba de hierro la presión en mi pecho comienza a disminuir y respiro con facilidad. Nadie abre la puerta de inmediato, pero eso no me sorprende. Aquí no hay un grupo de sirvientes que esperan en la cocina, siempre listos para contestar el golpe de una puerta delantera o el sonido de la campana de un amo. Aquí un sirviente hace el trabajo de varios, y los habitantes de la casa hacen el resto.

Espero, y después de varios largos minutos mi paciencia es recompensada con una puerta abierta. Vislumbro el que parece el rostro de mi querida hermana Nellie, aún arrugado por el sueño. Se apresura a darme un abrazo antes de que la sorpresa de verme se refleje en su cara y se congela.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí, Clementine? ¿Y con esa ropa? —me pregunta; su expresión es de incredulidad—. Hoy es el día de tu boda.

Capítulo dos

12 de septiembre de 1908

Londres, Inglaterra

El reconfortante aroma del té recién hecho llega a mi nariz, y dejo que el vapor me caliente el rostro y las manos. Nellie no me ha presionado para que conteste a su pregunta; todavía no. Sé que pronto insistirá en que le explique el porqué de mi inesperada visita; pero, por ahora, me entrego al silencio temporal de la habitación de visitas. Estos momentos de silencio a solas con mi hermana, aquí en casa, podrían ser lo que necesito para pasar este día.

—¿No estarás pensando en cancelar la boda, Clemmie?

—Nellie interrumpe el silencio con un susurro trémulo. Ninguna de las dos desea despertar a un solo miembro de la casa, y menos aún a mamá.

—No, no, Nellie —le susurro, alcanzando su mano. Mis nudillos rozan la mesa en la que mi hermana y yo solíamos pasar horas cosiendo para el negocio de confección de nuestra prima Lena Whyte, lo cual tuvimos que hacer para ayudar con los gastos del hogar.

El alivio suaviza su rostro. No me había dado cuenta del terror que le provocaba la idea de que yo pudiera can-

celar esta boda. Había sido cruel de mi parte no justificar mi presencia desde el principio.

–Nada de eso, querida. Solo necesitaba la familiaridad de mi hogar por un momento, para calmar mis nervios.

–¿Nervios de qué? ¿De la ceremonia de bodas? ¿O del hombre con el que te casarás? –Nellie, mi hermana menor y gemela de mi único hermano, me sorprende con su astucia. Por mucho tiempo la había considerado joven e inexperta, ni siquiera cercana a la confidente que mi indomable hermana mayor, Kitty, habría sido si hubiera vivido más allá de los dieciséis años, si mi bella, valiente hermana no hubiera sucumbido a la tifoidea. No debería haber subestimado a Nellie.

Su pregunta despierta un recuerdo de cuando conocí a mi pretendiente. Fue una noche, en la mansión de *lady* St. Helier, el mismo lugar del que acabo de huir. Al principio había declinado la invitación de mi benefactora a cenar, en aquella fría noche de marzo. Mis vestidos apropiados para esa ocasión requerían algunos remiendos, y no tenía guantes blancos limpios. Me lamenté con mamá. Honestamente, mi larga tutoría de francés me había dejado exhausta, pero no me atreví a hablar con franqueza, pues mamá detestaba cualquier recordatorio de que nosotras, las chicas, necesitaríamos contribuir al mantenimiento de la casa. Ella prefería creer que su título y su herencia aristocrática mágicamente nos proveerían los fondos para tener casa, comida y sirvientes; esto era una contradicción extraña con su fuerte perspectiva bohemia sobre la maleabilidad del compromiso matrimonial y su clara entrega a sus relaciones extramaritales y a otras cosas más, que ciertamente no incluían preocuparse por nosotros, sus hijos. Ella no iba a admitir excusa alguna para declinar una invitación de mi generosa y rica mecenas, quien era su tía, y además adoraba ayudar a las jóvenes a ingresar a la alta sociedad. Así que mamá me prestó sus propios guantes y

el sencillo vestido de princesa de satén blanco de Nellie; y asistí diligente, aunque llegué un poco tarde a la cita.

Aun así, el invitado que estaba a mi derecha no había terminado de presentarse cuando la servidumbre sirvió el segundo de los cinco platillos. Había empezado a desesperarme con la conversación sobre los aburridos informes del clima de los que hablaba el anciano, a mi izquierda, cuando la puerta del salón se abrió de golpe. Antes de que el mayordomo pudiera anunciar al invitado tardío, un hombre de rostro redondo con una media sonrisa algo tímida entró, ofreciéndole sus disculpas a *lady St. Helier*, antes de sentarse a mi lado en la ornamentada silla. Mientras las patas de su silla chirriaban ruidosamente contra la dueña —lo cual ahogó la voz del mayordomo, que anunciaba su nombre—, el hombre llamó mi atención. Sus mejillas conservaban la suavidad de la infancia, pero en su frente pude ver las profundas marcas que dejan las preocupaciones adultas.

¿Quién era este caballero? Me pareció familiar, aunque no podía ubicar su rostro. ¿Lo habría conocido anteriormente en algún evento social? Habían sido tantos.

—Señorita, lamento cualquier contratiempo que mi demora le hubiera causado. Un asiento vacío en una cena formal no es un asunto sencillo de arreglar. Por favor, discúlpeme —dijo, mirándome a los ojos de una forma tan directa que me perturbó.

Desacostumbrada como estaba a tal forma de franqueza, la sorpresa me precipitó a una contestación brusca.

—No hubo tal inconveniente, caballero. Yo arribé tan solo un momento antes que usted, pues el trabajo retrasó mi llegada. —De manera inmediata lamenté mis palabras, puesto que las chicas de mi clase no debían tener un empleo.

Me miró perplejo.

—¿Tiene usted una profesión?

—Así es —contesté, un poco a la defensiva—. Soy instructora de francés. —No me atreví a mencionar la labor de costureras que también realizábamos Nellie y yo, aunque generaba buena parte de nuestro ingreso.

Sus ojos brillaron con entusiasmo.

—Eso es... eso es maravilloso, señorita. Tener un oficio y conocer algo del mundo es invaluable.

¿Lo decía en serio o se estaba burlando un poco? No supe cómo responder, así que decidí hilar la conversación con una respuesta inofensiva.

—Si así lo dice usted, señor.

—Claro que lo digo. Es refrescante. Y su inmersión habitual en el idioma francés y su cultura... ah, estoy celoso de eso. Siempre he sentido una sincera apreciación por las contribuciones culturales y políticas que Francia ha hecho a Europa, en particular el fomento a la libertad personal y los derechos del hombre.

Parecía honesto, y sus puntos de vista coincidían con los míos. Me arriesgué y respondí de la misma forma.

—Estoy completamente de acuerdo, señor. Incluso consideré estudiar el idioma francés, la cultura francesa y su política pública en la universidad. De hecho, la directora me alentó a hacerlo.

—¿En serio? —De nuevo, parecía sorprendido, y me pregunté si había sido demasiado franca sobre mis ambiciones juveniles. Yo no conocía a este hombre ni su visión del mundo.

Suavicé mis aspiraciones con un sentido del humor amable.

—Sí. Aunque al final tuve que conformarme con pasar un invierno en París, en donde asistí a algunas clases en la Sorbona, visité galerías de arte y cené con el artista Camille Pissarro.

—No es un consuelo menor —me respondió sonriéndome; sus ojos se detuvieron en los míos. ¿Imaginaba yo un atisbo de respeto en sus ojos azul claro? Bajo las tenues